
LA PREEMINENCIA INTELECTUAL DE LOS JUDÍOS EN LA EUROPA MODERNA

*Thorstein Veblen**

Entre los clamorosos proyectos de autodeterminación nacional que se plantean con el retorno de la paz, la propuesta de los sionistas es notable por la sobriedad, la buena fe y la reafirmación de la confianza en sí mismos. Con más solidez y claridad que todos los demás, los sionistas se proponen restablecer su integridad nacional bajo un régimen que permita vivir y dejar vivir, “con caridad para todos y sin malicia para nadie”. Pero es siempre un proyecto de repliegue sobre sí mismos, un plan de demarcación nacional entre judíos y gentiles; de hecho, es un esquema de demarcación territorial y fronteras nacionales de tipo convencional, dentro de las cuales los judíos y las características, tradiciones y aspiraciones judías tengan espacio y posibilidades para el mantenimiento de la cultura y el libre despliegue de lo mejor y más característico de las dotes judías. En el plan se percibe la inclinación predominante al aislamiento y la endogamia, y la fuerte convicción de que este aislamiento y esta endogamia tendrán grandes y buenos resultados para todos los interesados. Los sionistas aspiran a llevar a su plena realización esa enorme dotación de capacidades espirituales e intelectuales de las que su pueblo ha dado pruebas a lo largo de su atribulada historia, y no menos durante los últimos siglos de su exilio.

La totalidad del proyecto tiene un aire idílico y cautivador. Y el observador desinteresado se verá motivado a desearles buena suerte. Pero es una pena que este experimento de aislamiento y endogamia

* Tomado de *Political Science Quarterly* 34, 1, 1919, pp. 33-42. Traducción de Alberto Supelano. Fecha de recepción: 1 de septiembre de 2014, fecha de aceptación: 1 de octubre de 2014. Sugerencia de citación: Veblen, T. “La preeminencia intelectual de los judíos en la Europa Moderna”, *Revista de Economía Institucional* 16, 31, 2014, pp. 13-21.

no haya sido puesto a prueba en una época anterior, antes de que el nuevo orden de la industria a gran escala y del intercambio universal hubiera hecho rotundamente impracticable tal aislamiento nacional, antes de que ese nuevo orden llevara a que el curso de las cosas en una nación o comunidad de tan pequeña escala se volviese dependiente y subsidiario del proceso de desarrollo en general. Por desgracia, una “nación” del tamaño y la ubicación geográfica de la Sión proyectada será necesariamente una especie de fantasía nacional, en el presente y en el futuro predecible. El estado actual de las artes industriales necesariamente le negará una integridad nacional acabada y equilibrada, en cualquier sentido sustancial. Los días de Salomón y el comercio de caravanas en que se fundó la gloria de Salomón son cosa del pasado.

Pero es indudable que mucho se puede hacer siguiendo la inclinación y aprovechando lo mejor de ese tenaz espíritu de clan que nunca ha sido el menor de los atributos de este pueblo. Pero, de nuevo, a un observador desinteresado le asaltarán la pregunta: ¿para qué sirve todo esto? No se trata tanto de preguntar cuál es el propósito como de las posibilidades de lograrlo. La lógica del proyecto sionista supone claramente que, en vista de que este pueblo ha logrado grandes cosas cuando ha vivido en condiciones de gran adversidad, disperso y fragmentado entre los gentiles europeos, logrará cosas más grandiosas y alcanzará una prosperidad sin precedentes tan pronto tenga la posibilidad de seguir su propio camino sin preocupaciones y al amparo de sus propias fronteras. Pero es dudoso que las circunstancias determinantes sean idénticas o de la misma clase en el mundo occidental del siglo XX d. C. que en el mundo oriental del siglo XII a. C., y que las cosas que los judíos de la diáspora lograron entre los gentiles europeos sea un índice seguro de las cosas que se pueden esperar de una nación de judíos replegados en sí mismos dentro de las fronteras aislantes de la Tierra Santa. Es con respecto a este último punto que aquí se plantea la pregunta de la naturaleza y las causas de los logros judíos en la Europa gentil; el contraste con las condiciones que ofrece la Sión proyectada se presentará a sí mismo sin necesidad de mayor argumentación.

Un hecho que sorprende a cualquier observador imparcial es que el pueblo judío ha aportado mucho más que su parte alícuota a la vida intelectual de la Europa moderna. Es también evidente que la civilización cristiana hoy sigue reclutando entre el pueblo judío una gran cantidad de hombres dedicados a la ciencia y a la búsqueda del conocimiento. No se trata únicamente de que los hombres de extracción judía siguen aportando una cuota más que proporcional a la

tropa de individuos dedicados al trabajo científico y académico, sino de que un número desproporcionado de los hombres que la ciencia y la erudición modernas buscan como guías y líderes son de esa misma extracción. Esto es particularmente cierto en las ciencias modernas, y quizá sea especialmente válido en el campo de la teoría científica, más allá de su validez en la esfera del trabajo cotidiano. Es demasiado notorio. Esta notable y altamente acreditada actuación no ha escapado, por supuesto, a la atención de aquellos hombres de estirpe judía que se interesan en el destino de su pueblo. No es raro que se la califique como una característica nacional, como una prueba de la dotación intelectual particularmente afortunada, nativa y hereditaria, del pueblo judío. Hay mucho que decir de esa opinión, pero no se debería inferir que la investigación sobre el lugar y el valor del pueblo judío en la civilización occidental llegue a término con esta afirmación general de preeminencia en materia de dotación nativa.

Es verdad que la historia del pueblo elegido, tarde y temprano, lo eleva a una posición de distinción entre las naciones con las que ha estado asociado; y normalmente se aceptará sin mucha argumentación que, también tarde y temprano, ha mostrado rasgos de temperamento y de aptitud característicos, que lo distinguen más o menos marcadamente de los gentiles entre quienes lo ha arrojado su suerte. El reconocimiento de rasgos judíos peculiares, de carácter y de capacidad, es tan general que cualquier negativa a reconocer lo que se puede llamar el tipo de dotación judía hereditaria no llegaría a nada mejor que a causar problemas.

En vista de la conocida historia de los hijos de Israel es tanto más notable esa persistente herencia espiritual e intelectual transmisible dentro de la comunidad judía y que la distingue en un grado perceptible de sus vecinos gentiles. Ningún etnólogo imparcial cuestionará el hecho de que el pueblo judío es una nación de híbridos, que en ese pueblo se han vertido grandes proporciones de sangre gentil de muchos tipos en el curso del tiempo. Es indudable que ningún pueblo de la cristiandad ha estado expuesto más constantemente a la hibridación, pese a todas las rigurosas precauciones convencionales que se han tomado para mantener la pureza racial. La pregunta no es si se trata de una variedad híbrida subrepticia, como lo demostrarían las reversiones esporádicas a un tipo extranjero; la pregunta es si la variedad judía, racialmente hablando, representa razonablemente siquiera la mitad del linaje de la nación judía en su estado actual.

Los antecedentes híbridos de los hijos de Israel no son un simple asunto de registro en libros. Las pruebas de su descendencia híbrida

están escritas en todos ellos, dondequiera que se encuentren; de modo que a este respecto los judíos europeos están en el mismo caso que los demás europeos, que también son universalmente mestizos. Cualquier antropólogo quedaría perplejo si entre todos los judíos identificara uno solo que encarne sin ningún atenuante el tipo racial judío. Las variaciones en todos los rasgos mensurables que llegan a catalogar a un individuo en los esquemas de los antropólogos son amplias y ubicuas tanto en los rasgos físicos como en los rasgos espirituales, así como en las medidas antropométricas, el temperamento y las capacidades. Y, sin embargo, a pesar de todo lo que se diga en detrimento de ello, se debe admitir que el tipo judío se mantiene con asombrosa persistencia detrás de todos los disfraces con los que se ha cubierto en el curso de una prolongada hibridación. Sea lo que fuere cierto en otras partes, en su contacto con otros tipos raciales no europeos, parece que dentro del entorno racial europeo el resultado de la infusión de sangre judía en estos individuos mestizos se puede catalogar como judío. La hibridación comúnmente trae como resultado una ganancia para la comunidad judía y no a la inversa, y la descendencia híbrida es hija de Israel y no de los gentiles.

Por ello, lo que está en cuestión es la contribución de este pueblo judío híbrido a la cultura de la Europa moderna. Los hombres de esta extracción judía aportan más que su parte proporcional a la vida intelectual de la civilización occidental y, en particular, se cuentan entre la vanguardia, los pioneros, la inquieta cofradía de exploradores e iconoclastas, en la ciencia, en la erudición y en el cambio y el desarrollo de las instituciones. A primera vista, parecería que la infusión de sangre judía, incluso en un grado de atenuación híbrida, es el único factor decisivo; y eso se podría aceptar en aras de la discusión pero no por una razón más sustancial. Sin embargo, incluso una rápida revisión de la evidencia disponible pone en duda esa afirmación tan general.

Por supuesto, desde el principio hay que tener en cuenta, hasta donde es necesario, que estos intelectuales de extracción judía son también, después de todo, de extracción híbrida; pero a este respecto no se debe dar un peso indebido a esta característica, pues influye de la misma manera y en el mismo grado en el caso de los judíos que en el de otros pueblos híbridos. La hibridación da un mayor margen de variación y una mayor diversidad en la dotación individual que los que se podría tener en una población de linaje pasablemente puro, lo cual tiene como resultado una mayor flexibilidad en las aptitudes y capacidades de dichos pueblos cuando están expuestos a las con-

diciones que favorecen el cambio. A este respecto, los judíos no son más ni menos afortunados que sus compatriotas gentiles.

Quizá nos acerque más a nuestro propósito señalar que esta preeminencia intelectual de los judíos ha sido impulsada desde dentro de la comunidad de pueblos gentiles y no desde fuera, que los hombres que han sido sus portadores han estado inmersos en la cultura gentil en la cual cumplen la función de orientar e incitar, y no la de propagar desde fuera un mensaje urgente ni la de ser prosélitos de la iluminación que lanzan conjuros entre la comunidad gentil, para su regeneración mental, usando una fórmula ideada en el gueto. En realidad, ni estos ni otros judíos han hecho un trabajo eficaz de misioneros, en el sentido común del término, a este o a otro respecto; ni han pretendido hacerlo. Una característica del pueblo elegido es que nunca ha sido adicto a la labor misionera, y el sistema judío de derechos y de vida honesta no incluye nada de esa índole. Este es también un hecho notorio, hasta tal punto que esta alusión a esa característica puede parecer a cualquier judío una necia insistencia en un lugar común. En su calidad de Pueblo Elegido, no le corresponde preocuparse por sus vecinos no bendecidos ni tratar de disipar la oscuridad que se cierne sobre el alma de los gentiles.

La herencia cultural del pueblo judío es cuantiosa y valiosa, de linaje antiguo y honorable. Y desde tiempos inmemoriales este pueblo ha mostrado aptitud para el trabajo que pone a prueba los poderes del pensamiento y la imaginación. Sus logros domésticos de los tiempos antiguos, antes de la Diáspora, forman parte de los sólidos monumentos culturales de la humanidad; pero estos logros de los judíos antiguos no tocan siquiera las fronteras de la ciencia moderna ni pertenecen al campo del conocimiento moderno. Así también, los logros posteriores de los eruditos y sabios judíos —en la medida en que su empresa intelectual ha avanzado siguiendo lo que podríamos llamar lineamientos característicamente judíos, dentro de los límites de su propia comunidad y guiados por sus propios intereses domésticos, al margen de esa línea peculiar de investigación que caracteriza las especulaciones del mundo gentil moderno—, es decir, los conocimientos de las generaciones posteriores de eruditos judíos domésticos, han terminado en elucubraciones que no tienen ninguna importancia para la ciencia contemporánea o el conocimiento en general.

Parece ser que el judío talentoso solo se convierte en líder creativo en la empresa intelectual del mundo cuando escapa al medio cultural creado y nutrido por el genio particular de su pueblo, cuando entra en las líneas de investigación gentil y se convierte en un ciudadano

naturalizado, aunque a la vez judío, de la república gentil del conocimiento. Debido a la pérdida de lealtad, o en el mejor de los casos a la fuerza de una lealtad dividida con el pueblo de origen, se sitúa a la vanguardia de la investigación moderna.

Esto no quiere decir que nadie más que los judíos renegados tenga importancia en las ciencias modernas. Esta afirmación sería demasiado general, pero pese a su amplitud excesiva, apenas rebasa el hecho por un margen. El margen puede parecer amplio, tan amplio que quizá vicie la afirmación general, o al menos lo suficientemente amplio para reducir notablemente su validez. Pero se rebasaría el límite si se dijera que los renegados solo son excepciones esporádicas entre el conjunto de judíos no atenuados que integran la práctica totalidad de esa congregación de hombres de ciencia creativos que el pueblo judío ha arrojado al avance intelectual de la cristiandad.

El primer requisito para la labor constructiva en la ciencia moderna y, de hecho, para cualquier trabajo de investigación que tenga resultados duraderos, es una mentalidad escéptica. Solo el escéptico emprendedor puede contribuir a aumentar el conocimiento en forma sustancial. Se encontrará que esto es cierto en las ciencias modernas y en el campo del conocimiento en general. Gran parte del trabajo eficaz bueno y provechoso de carácter cotidiano aumenta el gran total de logros científicos modernos, pero el trabajo pionero e ingenioso de guía, diseño y correlación teórica, sin el cual la recolección y el escrutinio más minuciosos de la información son irrelevantes, incompetentes e impertinentes; esta empresa intelectual que va más allá presupone un ánimo relativamente exento de prejuicios rígidos, un ánimo escéptico, *Unbefangenheit*, liberado de la mano muerta de la finalidad convencional.

El judío con dotes intelectuales está en una posición peculiarmente afortunada con respecto a este requisito de inmunidad a las inhibiciones del quietismo intelectual. Pero solo puede conseguir esa inmunidad a costa de perder su lugar seguro en el sistema de convenciones en el que nació y también a costa de no encontrar un lugar similarmente seguro en el esquema de convenciones gentil al que es arrojado. Para él, igual que para otros hombres en situación semejante, el escepticismo, que lo convierte en factor efectivo del aumento y la difusión del conocimiento entre los hombres, trae consigo una pérdida de esa paz mental, que es un derecho de nacimiento del pietista seguro y sensato. Se convierte en un perturbador de la paz intelectual, pero solo a costa de convertirse en un intelectual ambulante, en un vagabundo en la tierra de nadie intelectual, en busca de otro lugar

para descansar, más adelante en el camino, en algún lugar más allá del horizonte. Estos extranjeros de pies inquietos no son un grupo complaciente ni satisfecho.

El joven judío que esté dotado ante todo de un gusto por el conocimiento se adentrará inevitablemente en ese campo del saber donde predominan los intereses gentiles y la orientación gentil determina el resultado. No hay otro lugar a dónde ir en esta búsqueda. Se da cuenta inmediatamente de que el sistema de tradiciones y verdades convencionales transmitidas dentro de los límites de su pueblo es cuestión de hábito transmitido por tradición, que solo tiene la fuerza propia de los hábitos y convenciones, y que pierde su fuerza imperiosa tan pronto se abandona o se altera gravemente el punto de vista aceptado habitualmente. Estas convicciones nacionalmente imperiosas sobre lo que es verdadero, bueno y bello en el mundo del espíritu humano solo son buenas y verdaderas circunstancialmente, solo son apremiantes cuando se mantiene intacta la voluntad habitual de creer en ellas y de buscar la verdad siguiendo sus lineamientos. Es decir, solo cuando ningún sistema de habituación ajeno al punto de vista tradicional del hombre común lo ha impactado y obligado a ver que sus convicciones y verdades mantienen su lugar esencial y eternamente bueno y correcto únicamente dentro del sistema balanceado de tradiciones recibidas, que resultan ser, después de todo, solo una red efímera de hábitos de pensamiento; es decir, cuando sus hábitos de vida corrientes dejan de caer en las líneas tradicionales que mantienen en pie estos hábitos de pensamiento.

Ahora bien, el esquema de cosas judío nativo, humano y divino, y las formas y medios de conocimiento que concuerdan con ese esquema, son de tipo arcaico, buenos y verdaderos, quizá, más allá de toda alabanza, para la época y las condiciones que dieron lugar a todo ello, que tejieron esa red de habituación y anudaron el fino tejido de convenciones y verdades tradicionales. Pero todo ello tiene una fecha de marca: "a. C.". Tiene una contextura divina, aun monoteísta y quizá intrínsecamente *teárquica*; es ritualista y tiene una eficacia extremada y bellamente mágica de necesidad ritual. Es imperiosamente auto-balanceada y autosuficiente, hasta el punto de la santidad; y como siempre ocurre con tales sistemas de santidad y suficiencia mágica, sigue una lógica de características, cualidades y relaciones personales y espirituales, un tipo de imponderables que han dejado de ser de la sustancia de esas cosas que investigan los hombres para quienes ha llegado a ser habitual la orientación cada vez más mecanicista de los tiempos modernos.

Cuando el joven judío de talento, todavía dúctil en materia de hábitos mentales, es vertido dentro de los moldes de hierro de esta orientación mecanicista, el molde de arcilla del arcaísmo judío corre la suerte inevitable de la arcilla triturada en moldes de hierro. Su reliquia familiar bellamente pulida, de la marca "a. C.", se disuelve entre sus manos y estas quedan vacías. Se ve despojado de las preconcepciones convencionales arcaicas que no concuerdan con el ambiente intelectual en el que se encuentra. Pero no por ello queda investido de la herencia peculiar de preconcepciones convencionales de los gentiles que se han mantenido, por la inercia del hábito, desde el pasado gentil, y que, por una parte, llevan a que el gentil sea seguro y sensato, conservador y complaciente, y, por otra, también empañan la visión intelectual del gentil seguro y sensato, y lo dejan intelectualmente inmóvil.

El judío joven encuentra que su herencia de usos y de visión es insostenible, pero esto no significa que por ello adopte y asimile internamente las tradiciones de uso y de visión que el mundo gentil tiene para ofrecer, o que no considere acriticamente todos los prejuicios intelectuales que siempre se mantienen entre los ciudadanos de la república del conocimiento. Los ídolos de su propia tribu se han desmoronado, están en descomposición y ya no obstaculizan el terreno; pero esa liberación no lo induce a erigir una nueva fila de ídolos prestados de una tribu extranjera que hagan el mismo mal servicio. En consecuencia, queda expuesto en un grado peculiar a los hechos de la situación actual; y, por ello, toma su orientación del curso de los hechos tal como los encuentra y no de la interpretación tradicional de hechos análogos del pasado. En suma, es escéptico por fuerza de circunstancias sobre las que no tiene control. Lo que equivale a decir que está en camino de convertirse en guía y líder en esa empresa intelectual de la que proviene el aumento y la difusión del conocimiento entre los hombres, siempre que por su dotación nativa tenga esa pizca neta de inteligencia que entra en el juego de la curiosidad ociosa.

Es probable que intelectualmente se convierta en un extranjero; es más que probable que siga siendo espiritualmente judío, pues las fibras del corazón, del afecto y la costumbre se anudan temprano, y no se desanudan fácilmente en los años posteriores. El ánimo con el cual la comunidad de gentiles seguros y sensatos está dispuesta a acogerlo tampoco lo incita a incorporarse en esa comunidad, sin importar qué les ocurra a los activos intelectuales que posee. Su pueblo no necesariamente llega a ser su pueblo ni sus dioses, dioses suyos; y de hecho, siempre y en todo lugar, siente la irritante tentación de

apartarse de ellos. La parte más amable de la vida de la comunidad gentil que quizá le caiga en suerte es la de ser acogido. Quien se marcha del hogar verá muchas cosas desconocidas y tomará nota de ellas, pero de eso no se sigue que adorará a todos los dioses ajenos que encuentre en el camino.

En lo que respecta a la empresa sionista de aislamiento y nacionalidad, esta fábula parece tener dos moralejas: si la aventura llevara a ese resultado final al que parece estar encaminada, aparentemente sería coronada con una gran complacencia nacional y, quizá, con la profunda y arrogante satisfacción del Pueblo Elegido que vuelve a vivir en la Tierra Prometida; y cuando y en la medida en que el pueblo judío se repliegue en sí mismo, se podría esperar razonablemente, a la luz de la evidencia histórica, que su posible contribución a la producción intelectual del mundo tome el cariz de la tradición talmúdica y no el de esa libre iniciativa escéptica que sus renegados han infundido habitualmente en la búsqueda de las ciencias modernas entre las naciones extranjeras. Sin duda, incluso así no cesaría del todo el suministro de renegados judíos, aunque tal vez disminuiría a un residuo relativamente desdeñable. Y no todos los renegados son guías y líderes idóneos en la búsqueda del conocimiento, como tampoco su incentivo dominante es siempre o comúnmente la búsqueda de la curiosidad ociosa.

Habría una pérdida para la cristiandad en general, y podría haber alguna ganancia para los hijos repatriados de Israel. Es muy difícil escoger entre una vida de futilidad complaciente en el hogar y la ingrata búsqueda de conocimientos no lucrativos en el extranjero. Es, después de todo, un asunto del vaivén de las circunstancias y, en el fondo, se trata de una cuestión de gustos, sobre los cuales no hay disputa.